



Dalmiro Sáenz

LA FANTASÍA APLICADA

«La masturbación es una de las primeras manifestaciones de arte del ser humano. Nace del deseo, se nutre de la transgresión, es absolutamente auténtica y la puesta en escena se efectúa sin la menor dependencia de opiniones ajenas». A partir del autoerotismo como reencuentro y afirmación de nuestra individualidad, el autor desarrolla un provocativo desafío al ejercicio de la libertad. «El hecho de estar en pareja con uno mismo, es una posibilidad apasionante».

*Agradecimiento:
A Gustavo Nielsen,
por un montón de cosas.*

Capítulo I

- *La belleza está en nosotros mismos.*
- *El erotismo sin transgresión no existe.*
- *Mina y hembra. ¿Cuál es la diferencia?*
- *En el sexo se acarician más pensamientos que pieles.*

PIENSO EN UNA MUJER

ESA mujer se está masturbando, está desnuda. Una de sus piernas se extiende hacia el lavatorio en el cuarto de baño, y el talón de la otra pierna se toca con la base del *water-clos* en donde está sentada. La vigorosa suavidad de esos muslos fue años atrás acariciada en una navidad de su infancia, por una impúdica e inesperada mano familiar.

Bajo la mesa del comedor, la mano había recorrido su piel, su asombro, su quietud, su desconcierto, su silencio, su complicidad, mientras otras manos, también familiares, permanecían sobre el mantel junto a los platos, a los cubiertos, a las copas, que muy pronto se colmarían de sidra o de champagne. Desde ese día han pasado muchas ma-

nos por esos muslos, pero muy pocos se han ganado el derecho de alojarse en ese rincón de su olvido. Ella no recuerda el episodio, lo cree un sueño o una fantasía. Lo mismo da. Lo que esa mano imaginaria ha contribuido a dibujar es una trama de misteriosos caminos tan enmarañados como ese pubis que en ese momento uno de sus dedos acciona sin cesar. Si pudiéramos mirar a la mujer sin que ella se diera cuenta, tal vez no todos podríamos apreciar la belleza de esa persona contorsionada en el límite de lo grotesco: la boca abierta, los ojos entrecerrados, el alboroto del pelo, el conjunto de posiciones desparramadas sobre el pedestal del *water-clos*. Pero a medida que ese cuadro nos fuera excitando, un distinto código aparecería, y el desorden de sus miembros, esa cintura forzada, la mueca de la cara, la concentración absoluta, la súplica de todo ese cuerpo hacia ese efímero paraíso, adquiriría para casi todos nosotros la categoría de belleza.

¿EN DÓNDE SE ALOJA LA BELLEZA?

La belleza está en nosotros mismos. Si esa mujer estuviese en medio de un ataque epiléptico, en la misma posición, la veríamos fea. Ese conjunto de lo que pensamos que ella piensa, dentro del envase de esa circunstancia, es lo que nosotros llamamos belleza.

La belleza es hija del pensamiento. Es obra de los ojos que la contemplan a través de los arbitrarios códigos de la memoria. No existe de por sí. Existe porque nosotros la concebimos en ese universo casi mágico de las emociones. Nosotros convertimos la masturbación de esa mujer en una obra de arte y, para hacerlo, utilizamos mecanismos muy parecidos a los de ella.

El arte es eso. Es colocar en el destinatario de la obra elementos para que él recree la creación del artista. Cuando los destinatarios son muchos, el artista es famoso. Cuando son pocos, el artista es menos famoso, pero no menos artista. Cuando el destinatario es uno solo, uno mismo, como en el caso de la masturbación, el artista es desconocido pero sigue siendo un artista.

En la masturbación es prácticamente el deseo de desear lo que actúa. Si nos atenemos a que en todo acto sexual hay una excitación que producimos en otra persona, debemos suponer que en la masturbación, la otra persona somos nosotros mismos.

Y en la gestación de una obra de arte, ¿no sucede lo mismo? El artista tiene un primer y fundamental interlocutor válido que es él mismo. Existen otros tan difusos y distantes como los personajes que pueblan los cielos imaginarios del mundo de las pajas. Cuesta aceptar que una paja sea una obra de arte, como también cuesta aceptar que una obra de arte sea una paja.

Pero también nos cuesta aceptar que dos personas cincelandos una excitación a fuerza de caricias, diciendo palabras que socialmente no serían aceptables en otro lugar, jadeando y transpirando en posiciones que en distintas circunstancias serían grotescas, generen la obra de arte de un ser humano. En el arte, el pensamiento y la acción van juntos. Generalmente cuesta más el cómo que el qué. Cuesta más encontrar cómo decimos algo que lo que queremos decir. El envase de nuestra idea es parte de nuestra idea. Cuando Mc Luhan nos enseñó que el medio es el mensaje, o sea que el instrumento que utilizamos para comunicar algo formaba parte de ese algo, no hizo más que apuntalar lo ya expresado por Shakespeare cuando sus mensajeros eran homenajeados o condenados según

que las noticias fueran buenas o malas. El artista utiliza su accionar como el mensajero de sí mismo.

La masturbación es una de las primeras manifestaciones de arte del ser humano. Nace del deseo; se nutre de la transgresión; es absolutamente auténtica y la puesta en escena se efectúa sin la menor dependencia de opiniones ajenas. Relaciona condiciones, pensamientos, frustraciones, miradas, pieles, contactos. Sólo busca el placer por generar placer. Su meta es saciar el placer. Todavía ignora que, en el sexo y en la vida, la meta es el camino.

En la masturbación el amor no interviene. Es interesante pensar que a pesar de que en la vida, el amor y el sexo son muy a menudo compañeros de ruta, ninguno de los dos necesita del otro, incluso muchas veces se molestan. En la película «Henry y June» hay una escena que sucede en un carnaval. Un disfrazado con máscara aparta a una mujer del corso y en una calle solitaria intenta violarla. Ella se defiende con energía a pesar de erotizarse cada vez más. En un momento en que los dos están en lo máximo de su excitación, el enmascarado habla. Es el marido. El sexo, entonces, desaparece de la escena. El erotismo sin transgresión no existe. Ambos se quedan inmóviles, tendidos en el suelo, como cubiertos por un manto de ternura. Se miran con amor pero sin excitación.

En la masturbación podemos imaginar las transgresiones más audaces sin el menor riesgo. Tal vez por eso nuestra cultura judeo-cristiana, la cultura de la culpa, la denigre. Se nos ha inculcado que la palabra «fácil» es peyorativa. Decir «tal cosa es fácil» es considerarla mala. Además, el hecho de ser gratuita, de no engendrar hijos, de no tener otro fin que el placer, convierte a la masturbación en imperdonable.

UNA ALUMNA MÍA ME CONTÓ ESTE EPISODIO

Ella y su marido vivían con grandes apremios económicos, porque los dos trabajaban y estudiaban. Una vez ella se enteró en la facultad de que a él lo habían aplazado en una materia. Esa noche su marido iba a llegar cansado, triste y deprimido, y mi alumna decidió recibirlo con su plato favorito: milanesas. Era fin de mes y no tenía un centavo. «¿Qué hiciste?», le pregunté.

–Fui al mercado, y en el último puesto de compras elegí las milanesas, las hice envolver, las tomé y le dije al carnicero: «¿Si le muestro una teta, me las da gratis?»

–¿Qué te contestó?

–Me contestó que sí.

–¿Se lo contaste a tu marido?

–No.

–¿Cogieron esa noche? –le pregunté.

–Sí, yo estaba calentísima.

– Mientras cogías, ¿pensaste en el carnicero?

– Para nada. Pensé en mí misma, me gusté, me sentí mina y hembra al mismo tiempo.

A VECES PIENSO CUÁL ES LA DIFERENCIA

Mina y hembra. Supongo que cuando una mujer coge para generar amor es hembra. Cuando coge por el placer de engendrar placer es mina. La hembra no se masturba. La mina, sí.

Masturbarse es acariciar sueños. Coger también. Esos sueños están formados del material fundamental de los sueños que es el deseo. El deseo es un sentimiento, proviene de una carencia. El que posee, no desea.

El estímulo que produce el deseo engendra todos los logros de la especie humana. Los deseos más primarios resultan, en cierta forma, fáciles de entender. El deseo de tibieza de un bebito al acercar su cuerpo al de su madre. El deseo de la madre de acariciar el cuerpecito de su hijo ya forma parte de un alfabeto de emociones no tan fácil de descifrar. Las madres de todas las especies lamen, tocan, estrujan, constatan a sus crías, y gozan con ello. Pero la inteligencia es totalmente incapaz de explicar el placer, y mucho menos de medirlo y pesarlo. Al igual que una obra de arte es imposible de medir o pesar por su calidad. No existe un «bellezómetro» que pueda clasificar las puestas de sol, por ejemplo. Pero cada uno de nosotros puede decir «la puesta de sol que vi ayer era más linda que la de hoy». Esa última luz entre los colores que ella misma genera sobre nubes de agua, de polvo, de distancia, ese azar de moléculas, pensamientos y circunstancias, esos horizontes húmedos o secos sobre los techos de una ciudad mojada o sobre mares grises o desiertos quietos, va a instalarse en un lugar determinado de la memoria.

El deseo generó leyes estéticas, y los olvidos y recuerdos quedarán asentados como una forma de jurisprudencia. Los deseos se nutren de sí mismos. Un deseo absolutamente inédito no podría ser percibido, porque no tendríamos un código para descifrarlo. Todo deseo nuevo debe acoplarse a una anterior dosis de memoria para poder existir. El deseo sexual no es una excepción. Es por eso que la masturbación tiene un campo tan enorme. La memoria masturbatoria se abastece de un caudal de imaginaciones mucho más abundante que el que presentan las realidades sexuales. Los futuros actos sexuales resultan muy enriquecidos por este abundante caudal. Si pensamos la cantidad de veces que unas piernas de mujer, para tomar un ejemplo, nos han deslumbrado desde el borde

de una minifalda, cuántas veces esos muslos de trigo con texturas de soles anteriores y de futuras caricias se han instalado en nuestro deseo, y cuántas veces ese deseo se ha concretado y esas piernas se han extendido, divinas, al alcance de nuestras manos, sobre una cama. Si pensamos la cantidad de veces que esto ha sucedido, nos daremos cuenta de que cuando esas piernas estuvieron, no fueron tan acariciadas como se podría suponer; nos gusta que estén, saboreamos su presencia, pero no las acariciamos tanto, porque en el sexo se acarician más pensamientos que pieles.

Cuando acariciamos una piel queremos acariciar el deseo que despierta nuestro propio deseo en el otro. Una persona que no se, calienta no nos calienta. Incluso el hombre que utiliza los servicios de una prostituta imagina creer en la fingida excitación propia de su oficio. Cuando nos masturbamos, imaginamos la excitación que provocamos, y de eso se nutre nuestra propia excitación. No sabemos bien qué significa la palabra «excitación». Tiene ciertas manifestaciones físicas como cualquier otra emoción. Pero todos intuimos que brota de la mente. Cuando acariciamos a alguien dormido y logramos que el despertar y la calentura coincidan, lo que hemos hecho es llamar a la memoria a ese encuentro con las sensaciones, y de ahí en adelante hacerlas emprender juntas el camino del placer. En la masturbación sucede algo similar. La masturbación genera una especie de memoria de futuro, un recordar cosas que todavía no han sucedido. La memoria retorna dócil desde distintos lugares. Se incorpora a situaciones; recorre vericuetos del pensar; activa glándulas y humedades, lubrica las sensibles membranas de la excitación.

¿QUÉ ES LA EXCITACIÓN?

Por lo pronto, sabemos que forma parte del territorio del placer. Como todos los placeres, tiene que morir. Un placer no perecedero, un placer que se instale en la cotidianidad, desaparece, se hace inexistente. Toda actividad sexual, en lo mejor se acaba. Todos lo sabemos, pero lo mismo nuestra energía durante el sexo se encamina implacable hacia su destrucción. El orgasmo es una categórica válvula de escape que nos coloca en una realidad, que nos muestra que la acumulación infinita no es aceptada por la naturaleza, que las leyes de la cantidad exigen la escasez.

Capítulo II

- *Lo más importante es «desear desear».*
- *¿Qué es la grandeza?*
- *Somos hijos de nuestras carencias.*
- *El hombre profana la naturaleza.*

LA ESCASEZ ES LA CARENCIA DE ALGO

LA escasez es la carencia de algo, y de esa carencia nace el deseo. Pero lo más importante no es tanto «desear» como «desear desear». En la naturaleza no existe ninguna planta o animal que desee desear. El deseo del hombre de tener «hambre de hambre» sólo puede concebirse en la sublime locura de los hombres.

Recuerdo una mañana, a principios de octubre, en el campo de un hombre llamado Félix Aráoz, en el norte de la Provincia de Santa Cruz. Eran cerca de las diez y estábamos de «señalada». O sea: el día que se señala, capa y descola a los corderos.

La señalada en las zonas ovejeras del país es el equivalente a la yerra en otros lugares. Es una fiesta muy incentivada por los primeros calores, la perspectiva de la próxima esquila y por el hecho de que el trabajo se haga con la

colaboración gratuita de todos los vecinos. Hay asado, carreras, taba, y tal vez monte.

Yo estaba junto a Chicahuala, el capataz de «Los Menucos», al lado de la tabla en donde los corderos eran apoyados. Don Félix descolaba. Chicahuala cortaba con la tijera de esquilar las orejas dobladas, y yo capaba a la usanza sureña, o sea, a diente. Faltaban muy pocos corderos y estábamos todos inmundos de tierra y de sangre. Algunos de los hombres se iban acercando a la bomba del agua, donde pronto empezarían a lavarse con prolija convicción las manos, los antebrazos y las caras. El perro del menor de los Lagos saltaba inútilmente excitado, a pesar de que su dueño le había enganchado una de las patas en el collar porque era muy cachorro, y su exceso de energía era más una molestia que una ayuda. En la cocina, a pocos metros de los corrales, las mujeres freían las tortas y vigilaban los pastelitos de dulce, y uno de los chicos empezó a contar las colas de los corderos amontonados en un tacho.

Fue en ese momento cuando lo vimos allá en el fondo del cañadón. Montaba un bayo encerado; no traía perros, ni tropilla, ni puchero; el metal de las riendas brillaba en el sol ante el escarceo del caballo, y casi parecía oírse el tintineo que seguramente producían las espuelas de plata junto al taco alto de las botas.

Nos saludó al llegar. Cuando desmontó, los otros hombres se apartaron con discreción de su persona. Pero cuando se dio vuelta para desensillar, las miradas de todos nosotros se encontraron con el cabo de plata de su daga, que asomaba insolente sobre el borde de charol del tirador.

En el campo argentino la daga ha desaparecido prácticamente de la cintura de nuestros hombres. Un poco porque normalmente las requisa la policía, y otro poco porque no sirve para el trabajo. La gente usa únicamente cuchillo. Pero la atracción que se siente por esepreciado

símbolo de violencia, probablemente se deba a que su función específica es la lucha por la vida y no por la subsistencia.

El hombre después hizo un ademán con la mano, empujando un poco el sombrero a lo alto de la frente, provocando en el dueño de casa un sonido de contestación, consciente, como todos nosotros, de que ese ademán del forastero era el máximo de cordialidad que se podría esperar de él.

Alguien, tratando de ser amable, le dijo:

–Está gordo el bayo.

El hombre giró entonces su cabeza y dejó su vista por un rato sobre su propio silencio, apenas hostigado de tanto en tanto por el estallido de alguna gota de grasa en las brasas del asado.

Se empezó a levantar un poco de viento del oeste, y una de las mujeres tapó con un trapo las fuentes con la ensalada y dos de las latas de ajíes recién abiertas sobre la mesa. Entre los duraznillos, un perro gruñó a otro que merodeaba el recado de su dueño, y el molino que había quedado mirando hacia el último viento de la noche, arrastró un indolente sonido de metal cansado, mientras la varilla golpeteaba una vez más en el cilindro. Detrás de los corrales se veía el cerro del Diablo, apretado de malaespina y uno que otro molle retorcido; entre las matas de coirón, un tímido pasto nuevo coloreaba el suelo. En alguna parte había zorros, zorrinos, avestruces y guanacos. En las aguadas, el hielo había desaparecido y el agua corría libremente hacia los bebederos. En lo alto del cielo unas avutardas recorrían la mañana, y abajo, sobre la tierra pisoteada frente a la cocina, el forastero era mirado de reojo por la menor de las González, Margarita.

Me acuerdo de haber pensado de inmediato en su novio, que ese día no estaba, un muchacho empleado en la proveeduría de YPF de Comodoro; estudiaba máquina y taquigrafía en una especie de Pitman, y una vez por sema-

na viajaba en el camión de su cuñado a visitarla. Era un muchacho más bien bajo, de anteojos, pálido y un poco gordo, trabajador, apasionado por las carreras de autos. Creo que se llamaba Cazenave o Cazanave. Tenía un cuerpo blando y débil que mantenía permanentemente derecho, como compensando su inferioridad física en ese mundo eminentemente físico de su futuro suegro y sus cuñados.

–Es un muchacho bueno, tiene estudios... –me había dicho una vez Margarita, mientras anudaba las tiras del delantal alrededor de su cintura chica y espiaba con sus inquietantes ojos grises el fondo de una olla grande de fierro negro.

El forastero no la miraba en absoluto, pero evidentemente la había visto, porque se levantó antes que ninguno y cortó tres costillas de asado que sostuvo un rato en su mano izquierda, para después atravesar los cuatro o cinco metros que lo separaban de Margarita y depositarlos, sin consultarla, en el centro del plato. Ella levantó la cabeza y enfrentó por un momento la cobriza y fuerte cara de perfil de águila que se mantenía frente a la suya. Eludió su mirada con más miedo que recato. En cambio, dejó que sus palabras se adelantaran a sus pensamientos, en una mezcla de rebelde coquetería y de inconsciencia:

–No me gusta costilla.

–Estas le van a gustar –le contestó el forastero, y ella bajó entonces su cabeza sobre el plato.

Se casaron un año más tarde en una iglesia con flores y salesianos y techo de chapa. Me refiero a Margarita y a su novio, el pálido muchacho de los anteojos. Al forastero nunca más lo vi. Desapareció con su bayo en el repecho de alguna loma al anochecer de ese día. Pero quedó en mi recuerdo como un símbolo de una arbitraria y cruel hombría contenida en un mundo esclavo de miedos y costumbres. A veces pienso, ¿dónde más habrá quedado?